

»curecerse que no podía ver (*¿por vez ó por sueño?—¡el diablo que lo adivine!*), Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová (*vaya una alcobita que usaba el monaguillo!*), donde el arca de Dios estaba, y antes que la lámpara de Dios fuese apagada, Jehová llamó á Samuel y el respondió: Héme aquí. Y corriendo luego á Eli, dijo: Héme aquí ¿para qué me llamaste?—Y Eli le dijo: Yo no te he llamado; vuélvete á acostar. Y él se volvió y acostóse.»

«Y Jehová volvió otra vez á llamar á Samuel. Y levantándose Samuel vino á Eli, y dijo: Héme aquí: ¿para que me has llamado?—Y él dijo: Hijo mío, yo no te he llamado: vuelve y acuéstate.»

«Y es que Samuel no había conocido aún á Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada.»

Esto es morrocotudamente teológico y sutil. Resulta de este pasaje que Jehová hablaba como si fuera un ventrilocuo, disfrazando con la voz el lugar que ocupaba y procurando imitar la de Eli, hasta el punto de engañar al pobre monaguillo, á quien expuso á coger una pulmonía, si estaba el tiempo frío, con los dos paseitos á la cama de Eli. Resulta que la revelación es una voz humana que se oye sin saber en donde, y que llama al elegido como llama cualquiera á su mancebo que anda sesteando en la rebotica. Pero sigamos, que la comedia tiene tres actos:

«Jehová, pues, llamó la tercera vez á Samuel. Y él, levantándose, vino á Eli y dijo: Héme aquí: ¿para que me has llamado?—Entonces entendió Eli que Jehová llamaba al joven.»

¿Entender es! ¿Pero por qué entendería Eli que llamaba Jehová á Samuel? ¿Por decir este nombre tres veces? ¿Por imitar su voz? Entrego este punto á las meditaciones de un maestro de obra prima teológica, á quien advierto que Jehová no consta se hubiese revelado jamás á Eli,

antes bien, puede suponerse que jamás le habló, pues como tengo anotado, para anunciarle las catástrofes que le tenía preparadas se sirvió de un *quidam*. Y aunque antes le hubiese hablado, lo que es la voz que ahora llamaba á Samuel no la había Eli oído. ¡Y, sin embargo, entendió que al chico de la estéril Ana le llamaba Jehová! Lo dicho. ¡Entender es!

Hombre de tantas entendederas no es extraño que hiciese lo siguiente:

«Y dijo Eli á Samuel (*esto es, el sacerdote al monaguillo ó el obispo al sacristán*): ve y acuéstate; y si te llamare, dirás: Habla, Jehová, que tu siervo te oye. Así se fué Samuel, y y acostóse en su lugar.»

Tiene gracia, pero mucha gracia, todo este preámbulo, en que se cuentan por menudo las ritualidades de la *revelación*, consagradas en aquellos tiempos en Israel por palabras sacramentales, como las tuvieron más tarde las de ser armado caballero andante.

Acostado, pues, el monaguillo, y probablemente arrebujado en la manta, lleno de miedo, y con muchísimas ganas de dormir, el gran suceso se verifica; *la revelación* tiene lugar del siguiente modo:

«Y vino Jehová, y parose (*esto de pararse Jehová como si fuera un caballo asombradizo, tal vez sea defecto de la traducción*), y llamó como las otras veces: Samuel, Samuel. Entonces Samuel dijo: Habla, que tu siervo te oye (*¡ábrete, Sésamo!*) Y Jehová dijo á Samuel...»

Aquí esperará el lector hallar algo como la cuadratura del círculo, la trisección del ángulo, las leyes de Newton, el descubrimiento de que la tierra se mueve, la invención de la pólvora ó cosa parecida, que justifique la molestia de la mala noche que Dios pasaba dejando abandonado el gobierno del Universo para ir á hablar mano á mano con un monaguillo judío en un

pueblecillo insignificante. Pues el que tal piense, como el que piensa hallar en la *Biblia* cualquier cosa de verdadera importancia para la humanidad, se lleva solemnisimo chasco.

Jehová anuncia á Samuel lo que ya tenía dicho, es decir, que le iba á sentar la mano á Elí y á sus hijos por las bribonadas que éstos habían hecho, y por no haberlos aquél reprendido. Esta última afirmación de Jehová, resulta falsa, sin duda por algún horror de copias, pues ciertamente, Elí, en el versículo XXI del capítulo II, reprende severamente á sus hijos.

No traslado íntegra la revelación por no hacerme pesado. Mas la verdad es que debiera copiarla, pues ella demuestra que, si para decir tales simplicidades pasa semejantes fatigas Jehová, si hubiera de explicar el teorema de Sturm ó determinar el volumen de un segmento esférico, fuera cosa de echar á correr por no verle sudar á mares.

Elí, á fuerza de rogar á Samuel, consigue que su monaguillo le revele la revelación. El buen viejo tomó en calma aquel nublado que se le decía había de venirle encima. Se conoce que era hombre de pachorra, que es la primera de todas las virtudes de todo comentador de la *Biblia*, que pido á Dios me aumente para poder seguir adelante en mi concienzudo trabajo de estas NOTAS,

XXXVIII

Todo este preámbulo ó pasillo joco-serio entre Jehová, un monaguillo y Elí, viene á parar en que los filisteos dieron la gran paliza á los hijos de Israel, porque de toda la vida las profecías desastrosas se inventaron para explicar las grandes catástrofes de los pueblos, así como se inventaron las profecías beneficiosas para explicar sus prosperidades. El suponer que alguien dijo que pasaría lo que pasó, fué siempre de gran

efecto dramático, y los antiguos historiógrafos se despepitaban por lo dramático y trágico-cómico en sus obras.

Tenían los hebreos una razón universal é infalible para explicarse sus buenos y malos sucesos. ¿Les salía algo bien? Pues era á causa de estar á buenas con Jehová. ¿Los deslomaban? Pues consistía en que andaban con Jehová á media correspondencia, frase que inventó cierto amigo para explicar el estado de las relaciones con su novia, cuando él la escribía y ella no le contestaba.

Los hebreos, pues, al verse vencidos por los filisteos, entrando consigo mismos en consejo, dedujeron que el desastre pasado procedía, á no dudarlo, de la ausencia de Jehová del campo. Y queriéndole tener cerquita, mandaron traer al campamento el arca del famoso pacto sinalagmático, que estaba en Silo. diciéndose probablemente para su sayo que con aquel refuerzo ya podían venir filisteos sobre ellos.

Y vino el arca. Y vinieron también los filisteos. Y se armó la Dios es Cristo. Y la paliza pasada fué tortas y pan pintado para la que ahora llevaron, pues cayeron 30.000 israelitas á filo de la espada de los incircuncisos, y cayeron Ofni y Fines, los hijos de Elí, que pagaron así todas las tajadas que habían robado y todas las siestas que habían dormido, y cayó ¡hasta el arca santa! en poder de los filisteos. Al saber Elí la noticia de esta monumental derrota, cae de la silla y se desnucó, y la mujer de Fines, que estaba preñada, al oír lo sucedido á su marido, se agacha y pare á I-chabot.

¡Retebien! La profecía hecha al monaguillo queda cumplida. Jehová es un Dios formalito, aunque habla de un modo demasiado enigmático.

Los filisteos estaban con el Arca de la Alianza como chico con zapatos nuevos, y no sabían dónde ponerla para más honrarla, cosa un tanto

extraña, pues siendo el emblema de un Dios enemigo del suyo, lo lógico es que la hubieran prendido fuego. O tal vez estos filisteos fueran librepensadores en canuto y creyeran que en cuestión de dioses más vale tener dos que uno. Lo cierto es que la conservaron y la pusieron en el templo de Dagon, que era un Dios de tres ó cuatro palmos de alto, con unas narices como una canimplora y unos morros como un almud.

Al verse Jehová á solas en tan degradante compañía se atufó y derribó el chirimbolo que le hacía competencia en el oficio de Dios. Los sacerdotes de Dagon, al entrar *al día siguiente* en el templo, y ver su Dios por tierra á los pies del Arca, cogieronle con mucho tiento y volvieron á ponerle en el altar. Tiempo perdido. Al llegar la noche, Jehová, desde el arca santa, le pega un capirotazo y le echa á rodar, perdiendo del golpe Dagon la cabeza y las manos, que fueron á parar al umbral del templo, quedando hecho un tarugo informe.

Pasaba esto en la ciudad de Asdod, donde todos debían ser tontos de remate para no conocer por estas cosas que Jehová era un Dios de más campanillas que Dagon. Y persistiendo en su ceguera, Jehová les castigó... ¿con qué dirás, lector?... pues con almorranas. En su infinita sabiduría, Jehová supo elegir lo que á sus enemigos convenía para ablandarse. Así que los asdoditas se vieron acribillados de almorranas, *mano de Jehová es esto*, se dijeron: y echaron el mochuelo, digo las almorranas, digo el arca á Gath. Los de Gath, al llegar el arca, se llenaron también de almorranas y echaron aquel gabarro á Gerón, donde tan pronto como llegó se desarrollaron las consabidas hemorroides.

Los desdichados filisteos, aburridos, desagrados, mohinos y cariacontecidos, deciden al fin volver el arca á los hebreos, á los cuales se la enviaron, en efecto, con unas hemorroides de

oro dentro para señal y memoria de las incómodas picazones que Jehová les había hecho sufrir.

Con menos argumento he visto más de cuatro sainetes. ¿Por qué no se habían de llevar estas cosas al teatro?

¡Ah! ¡Es imperdonable que Ofenbach y muchos autores *del género bufo* no hayan espigado la *Biblia*!

El arca, aunque volvió á Israel, no volvió á Silo. La situaron en Beth-semes. Empero, no por tener el arca en casa, dejaron los israelitas la idolatría. Veinte años después de la devolución del arca, Samuel, que ya había crecido, y de monaguillo había pasado á sacerdote y pontífice, tuvo que emprender una valerosa campaña contra los Baales, Astaroths y otros muchos dioses y diosecillos, á quienes los hebreos daban culto, con gran vergüenza y humillación del omnipotente Jehová, el de las almorranas, que pudiéndolo todo, bien podía haber dado un poco más de constancia y fidelidad á sus elegidos.

Samuel aparece en su edad adulta como un hombre de bien, que administra justicia según su leal saber y entender, para lo cual echaba cada año un viaje de punta á punta de Israel. Bajo su conducta y mediante sus consejos los hebreos obtienen brillantes triunfos de los filisteos, y, poco á poco, van constituyendo una nación independiente. ¡Hora era ya, después de la salida salida de Egipto! Nota, lector, que la palabra de Jehová ha sido una palabra vana por siglos, y que sólo se cumple á fuerza de combates y penalidades, gracias á la buena organización que da al pueblo elegido un hombre de indiscutible mérito en su tiempo. Esto te enseña que en Israel las cosas pasan como en Roma, en Grecia, en España, en todas partes: y que, como en todas partes también, los hombres, en vez de atribuirse á sí mismos sus obras, y de

hacerse responsables de sus éxitos ó desgracias, dan en la flor de atribuir á los dioses, llámense Jehová, Júpiter ó Minerva, sus hechos y sus pensamientos.

Samuel, he dicho, era un hombre de bien. Sus hijos, sin embargo, salieron un par de bribones que vendían la justicia como si fuera pacotilla de contrabando, que se malbarata á cualquier precio. Los ancianos de Israel, que tantas veces hemos visto salir á escena, para decir ó hacer alguna majadería, aparecen de nuevo en el capítulo VIII para decirle á Samuel que, puesto que sus hijos eran una calamidad, les nombrase un rey, á la usanza de las naciones colindantes.

Samuel, que tal oyó, se puso hecho un basilisco. Hombre de talento y de corazón, así que oyó á sus conciudadanos que querían un rey, estuvo á punto de emprenderla con ellos á puntapiés, única cosa que merece quien, siendo hombre libre, pide un amo. Jehová también se atufó con la demanda de rey; pero Dios bonachón y, sobre todo, complaciente, después de tomar á agravio la petición, dice á Samuel que les dé rey, aunque sabe que por el rey le han de olvidar.

Samuel, entre Jehová que le manda, aunque á regañadientes, dar un rey á Israel, y el pueblo que se le pedía, adopta un temperamento doctrinario, consistente en manifestar al pueblo lo que era un rey con toda claridad y verdad, y despedirle luego para sus casas, prometiendo complacerle.

No quiero pasar por alto las palabras de Samuel á los hebreos respecto al rey. En ellas los creyentes católicos encontrarán tela larga á meditaciones trascendentales, propias para hacerles caer de su burro, quiero decir, de su absolutismo, Hélas aquí:

«Dijo, pues (Samuel): Este será el derecho del

»rey que hubiere de reinar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos y pondrálos en sus carros »y en sus gentes de á caballo, para que corran »delante de su carro:

»Y se elegirá capitanes de mil, y capitanes de cincuenta; pondrálos así mismo á que aren sus campos y sieguen sus mieses, y á que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros.

»Tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras.

»Así mismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas y vuestros buenos olivares, y los dará á sus siervos.

»El tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros buenos mancebos, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras.

»Diezmará también vuestro rebaño, y finalmente, seréis sus siervos.

»Y clamaréis aquel día á causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas Jehová no os oirá en aquel día.»

Resumen: que Samuel creía al rey una calamidad, y á los que se le pedían dejados de la mano de Dios.

De acuerdo. En algo había yo de opinar como un profeta.

XXXIX

Hallábase Samuel en la ciudad de Rama, ejerciendo tranquilamente sus altas funciones de *vidente*, que así se llamaban entonces los *profetas*, y procurando darle largas á la palabra empeñada á sus conciudadanos de elegirles rey, cuando Jehová dispuso de la más chusca y disparatada manera la consagración de Saul para el alto destino de monarca.

Cedo á la musa bíblica la palabra. No quiero que mi pluma republicana empañe las glorias de

la aurora monárquica. Oid, oid, realistas, cómo nació la institución que adoráis, en el seno del pueblo de Dios. De aquí podréis deducir cómo andarían los alumbramientos de esta clase en los pueblos réprobos.

«Y había—dice—un varón de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis, hijo de »Abiel, hijo de Leor, hijo de Bechorat, hijo de »Atia, hijo de un hombre de Benjamín.» *(Como se vé, la genealogía se pierde en la cuarta generación, en un pueblo cuyo arte principal fué la determinación de genealogías.)*

«Y tenía él un hijo que se llamaba Saul, mancebo y hermoso, que entre los hijos de Israel »no había otro más hermoso que él: del hombro »arriba sobrepujaba á cualquiera del pueblo.» *(Ha dicho Frámlin que á muchos hombres muy altos les pasa lo que á las casas muy altas: el último piso es el peor amueblado. La historia de este mozancón de Saul confirma la máxima del célebre inventor de los pararrayos.)*

«Y habíanse perdido las asnas de Cis, padre »de Saul; por lo que dijo Cis á Saul su hijo: Toma »ahora contigo alguno de los criados, y levántate, y vé á buscar las asnas. Y él pasó el monte »de rífrain, y de allí á la tierra de Salisa, y no »las hallaron.» *(Con perdón de los setenta traductores de la Biblia y del que l' vertió en castellano, me parece mala frase. Hallaron es plural, debiendo ser singular, por referirse á Saul.)* Pasaron luego por la tierra de Saalim, y tampoco. Después pasaron por la tierra de Benjamín, y no las encontraron. *(Mucha pesadez es esta, y muchas tierras para recorridas por unas borricas escapadas.)*

«Y cuando vinieron á la tierra de Suf, Saul »dijo á su criado que tenía consigo: Ven, volvámonos; porque quizá mi padre, dejado el cuidado de las asnas, estara acongojado por nosotros.» *(Este discurso es lo más notable que*

hizo Saul antes de ser rey. Poco más ó menos, como Napoleón.)

«Y él le respondió: He aquí, ahora hay en esta »ciudad un hombre de Dios, que es varón insigne: todas las cosas que él dijere, sin duda vendrán. Vamos, pues, allá, quizá nos enseñará »nuestro camino por donde hayamos de ir. Y »Saul respondió á su criado: Vamos ahora; mas »¿qué llevaremos al varón? Porque el pan de »nuestras alforjas se ha acabado, y no tenemos »qué presentar al varón de Dios; porque ¿qué tenemos? Entonces tornó el criado á responder á »Saul, diciendo: He aquí, se halla en mi mano la »cuarta parte de un siclo de plata: esto daré al »varón de Dios, porque nos declare nuestro camino.»

«Antiguamente en Israel, cualquiera que iba »á consultar á Dios, decía así: Venid y vamos »hasta el vidente; porque el que ahora se llama »profeta, antiguamente era llamado vidente.»

(Este párrafo es de oro para hacer deducciones. El vidente ó profeta result que era una especie de gitano ó nigromántico, que echaba adivinanzas, mediante pan ó dinero, sobre negocios tan trascendentales y teológicos como la designación del camino por donde debían buscar unas burras un mozo y su criado, que entre los dos no tenían una peseta. Resulta que el futuro rey se iba al profeta, como ahora va una erizada de servicio de nuestros días á casa de una gitana, para consultar sobre el número que ha de salir premiado en la lotería.)

Continúa el texto de esta sabrosa historia, que nos enseña cómo y de qué se hacía entonces un rey.

«Dijo entonces Saul á su criado: Bien dices: »ea, pues, vamos. Y fueron á la ciudad donde »estaba el varón de Dios. Y cuando subían por

»la cuesta de la ciudad, hallaron unas mozas
 »que salían por agua, á las cuales dijeron: ¿Está
 »en este lugar el vidente? Y ellas, respondiéndoles,
 »dijeron: Si; hélo aquí delante de tí: date,
 »pues, priesa, porque hoy ha venido á la ciudad
 »en atención á que el pueblo tiene hoy sacrificio
 »en el alto. Y cuando entráreis en la ciudad, le
 »encontraréis luego, antes que suba al alto á comer.
 »(hermosa manera de sacrificar á Dios llenando la panza!);
 »pues el pueblo no comerá hoy hasta que él haya
 »venido, por cuanto él haya de bendecir el sacrificio,
 »y después comerán los convidados. Subid, pues,
 »ahora, porque ahora le hallaréis.

»Ellos, entonces, subieron á la ciudad; y cuando en medio de la ciudad estuvieron, he aquí Samuel que delante de ellos salía para subir al alto. Y un día, antes que Saul viniera, Jehová había revelado al oído de Samuel, diciendo:—Mañana á esta misma hora yo enviaré á tí un varón de la tierra de Benjamín, al cual ungirás por príncipe sobre mi pueblo Israel, y salvará mi pueblo, porque su clamor ha llegado hasta mí.» *(Este Jehová es delicioso al revelarse por el oído á Samuel. Recuerdo que Plutarco cuenta que Diana se revelaba por la misma parte á Sertorio por medio de una cierva que acompañaba siempre á este general, algo más ilustre que Samuel y que Saul.)*

«Y luego que Samuel vió á Saul, Jehová le dijo: He aquí, ese es el varón del cual te hablé; este señoreará mi pueblo.» *(Convengo en que Jehová se porta en esta ocasión como persona discreta; pero sospecho, por versículos anteriores terminantes, que el compartir el SEÑORIO de Israel con el buscador de las borricas, le debía saber á cuerno quemado.)* «Y llegando Saul á Samuel en medio de la puerta, díjole: Ruégote que me enseñes dónde está la casa del vidente. *(Esto indie² que Samuel debía ir tan modestamente vestido*

que parecería un cualquiera.) «Y Samuel respondió á Saul y dijo: Yo soy el vidente; sube delante de mí al alto, y come hoy conmigo, y por la mañana te despacharé, y TE DESCUBRIRÉ TODO LO QUE ESTÁ EN TU CORAZÓN. *(Este giro le conservan todavía nuestras echadoras de la buena ventura.)* Y de las asnas que se te perdieron hoy hace tres días, pierde cuidado de ellas, porque se han hallado.» *(¿Quién le había dicho á Samuel lo de las asnas? Porque Jehová no consta que se lo dijera.)* «Mas por quién es todo el desseo de Israel, sino por tí y por toda la casa de tu padre?

»Y Saul respondió y dijo: ¿No soy yo hijo de Benjamín, y de la más pequeña de las tribus de Israel? Y mi familia, ¿no es la más pequeña de todas las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho cosa semejante? Y trabando Samuel de Saul y de su criado, metiólos en la sala, y diólos lugar á la cabecera de los convidados, que eran como unos treinta hombres.

»Y dijo Samuel al cocinero: Trae acá la porción que te dí, la cual te dije que guardases aparte. Entonces alzó el cocinero una espadilla con lo que estaba sobre ella, y púsola delante de Saul. Samuel dijo: He aquí lo que estaba reservado: ponlo delante de tí y come; porque de industria se guardó para tí, cuando dije: Yo he convidado al pueblo. Y Saul comió aquel día con Samuel.

»Y cuando hubieron descendido del alto á la ciudad, él habló con Saul en el terrado. Y al otro día madrugaron; y como al apuntar del alba Samuel llamó á Saul que estaba en el terrado, y dijo:—Levántate para que te despache. Levantóse luego Saul y salieron fuera ambos, él y Samuel. *(Así, así, por palabras que no deje de entenderse.)* Y descendiendo ellos al cabo de la ciudad, dijo Samuel á Saul:—Dí al

»mozo que vaya delante (y adelantóse el mozo);
»mas espera tú un poco para que te aclare la pa-
»labra de Dios.»

Mano á mano ya, Samuel y Saul, á solas y sin testigos, en un santiamén se verifica el gran suceso monárquico, del siguiente modo y manera:

«Tomando entonces Samuel una ampolla de aceite, derramóla sobre su cabeza (*¡bonito le pondría!*), y besólo (*¡vaya un mimito después de una aceiterada!*), y díjole:—¿No te ha ungido Jehová por capitán sobre su heredad?»

Ante tan pasmosa historia, con tanto detalle escrita, que ni se descuidó el apuntar qué fué de las borricas, sólo me ocurre decir de la *Biblia* lo que Cervantes de los libros de caballería; esto es: que da ciento y falta á todas las historias habidas y por haber, pues en éstas los más grandes sucesos apenas si en una docena de líneas se explican, dejándonos á media miel y en grandes confusiones, mientras aquí el Espíritu Santo nos relata la más mínima y al parecer insignificante circunstancia de un acontecimiento insignificante también. ¡Bien haya, pues, el Espíritu Santo, si de modelo sirve á los futuros historiadores!

Hecho rey el buscador de las burras, mediante la aceiterada y el beso, parece lo natural que inmediatamente pasase á ocupar el soberbio alcázar y recibir en besamanos á todos los cuerpos del Estado. Pero como entonces en Israel no había alcázar, ni humilde ni soberbio, ni había cuerpos del Estado, ni quizá hubiese Estado, Saul toma á pie el camino que le indica Samuel, en el cual le suceden tres cosas que el vidente le había anunciado. Una de ellas es sumamente curiosa, pues se reduce á que Saul, al hallar una compañía de profetas, por arte de birlirloque, se hace profeta también. Pero oigamos á la *Biblia* en este pasaje:

«Y cuando llegaron allá, al collado, lie aquí la
»compañía de los profetas que venían á encontrarse con él, y el espíritu de Dios le arrebató,
»y profetizó entre ellos. Y aconteció que cuando
»todos los que le conocían de ayer y de antes
»vieron cómo profetizaba entre los profetas, el
»pueblo decía el uno al otro: ¿Qué ha sucedido al
»hijo de Cis? ¿Saul también entre los profetas...?
»Por esta causa se tornó en proverbio: ¿Saul
»también entre los profetas?»

Este cómico incidente nos revela que los llamados *profetas* en Israel no eran cosa rara y extraordinaria, sino lo más vulgar y ordinario del mundo, que no menos que compañías formaban, llevando delante de ellas tocadores de flauta, salterio, adufe y arpa, una especie, en fin, de estudiantina, que iba en *juelga* permanente de Ceca en Meca, divirtiendo al populacho con cantares más ó menos disparatados del género religioso, cuyos conceptos titulaban profecías. No es, pues, del todo inútil el estudio de la *Biblia*, pues ella misma, como en las líneas copiadas sucede, nos enseña á despreciar á los *profetas*, especie de danzantes frenéticos, que en otros libros, como en su lugar anotaré, fueron degollados á centenares por piadosos reyes que los consideraban impíos secuaces de Satanás.

Una preguntita suelta.

Cuando tales eran los profetas, ¿qué tal sería Saul, que verle entre ellos causa tanta admiración á sus conciudadanos, que llegan á convertir en proverbio su frase admirativa: ¿También Saul entre los profetas?

Pues á esta buena pieza aclamó por rey el pueblo de Dios en Mispa, á donde fué convocado por Samuel, que se valió de muchas tracaman-danas para tener secreta la cosa hasta el momento oportuno, en que, sacando á Saul de entre las acémilas del bagaje, le presenta al pueblo, que al verle grita:—¡Viva el rey!—Grito, de en-

tonces acá, repetido por millones de majaderos dentro y fuera del pueblo de Dios.

Advertencia.—Al oír las personas discretas á Samuel que Saul había de salvarles, torciendo el gesto, exclamaron: «¿Cómo nos ha de salvar este?» Y tuviéronle en menos, y no le trajeron presente, mas él (Saul) disimuló. Por supuesto, á estos discretos la *Biblia* los llama impíos: es la eterna cuestión de las palabras.

Aclamado ya rey, creará el lector llegado el momento de que Saul se vaya por fin á palacio y comience á cobrar su correspondiente lista civil.

Pues nada de eso. Saul se vá á su casa, que probablemente sería cosa parecida á un ventorrillo del camino de los Carabancheles, llevándose consigo *algunos* del ejército.

¡Lo que era un rey *aliquando!*

Saul gana una batalla á los ammonitas, con lo que cobra autoridad y es confirmado rey. En esta batalla dice la *Biblia* que fueron *trescientos mil los hijos de Israel y treinta mil los de Judá*. ¡Eche usted hijos, señor Espíritu Santo! En ninguna batalla mandó Napoleón tanta gente como este reyezuelo sin corte, ni alcázar, ni siquiera lista civil. ¡Habrá manera de exagerar!

En el capítulo XII Samuel hace su apología. Ciertamente que en nada se parece á la apología de Sócrates; pero de ella voy á citar el siguiente párrafo, para ilustración de monárquicos:

«Entonces dijo todo el pueblo á Samuel: Ruega por tus siervos á Jehová tu Dios, que no muramos; porque á todos nuestros pecados hemos añadido este *mal* de pedir rey para nosotros.»

Como se vé, ya se queja el bárbaro pueblo que había dicho: rey reinará sobre nosotros. Segunda edición de las ranas pidiendo rey.

*
*
*

Al año, como los filisteos se le echasen enci-

ma, Saul sale á campaña. Acampa en Gilgal y, con arreglo á la orden de Samuel, espera á éste siete días para que el viejo vidente hiciese el sacrificio antes de entrar en batalla.

Pero viendo que Samuel tardaba, el rey lo hace por sí mismo. Llega el profeta, y al ver aquella demasia se pone fuera de sí, maldiciendo al rey, anunciándole que su reino pasará á quien más lo merezca.

Hasta el viejo de la unción y el beso, al año estaba escamado del rey. Lección bonita de esta historia, que no aprovechará á los fanáticos.

XL

No es cosa, queridísimo y pacientísimo lector, no es cosa de enfangarnos en la historia de Saul hasta el punto de ocuparnos de sus idas y venidas, salidas y entradas, acometimientos y huidas. En la *Biblia* las tienes referidas en sendos y empalagosos capítulos versiculados, y puedes, si gustas, leerlos de cabo á rabo las noches de desvelo para conciliar un sueño reparador; pues son medicamento de seguros efectos narcóticos. ¡Oh! y cuántas buenas siestas de canónigos y priores han comenzado con la lectura de las hazañas de Saul.

Lo único que me parece oportuno es trazarte á grandes rasgos la silueta del *ungido del Señor*, para que grabes en la memoria el tipo de aquel buen mozo que, guasitas aparte, y aparte también la unción y demás gerigonzas que hizo con él Samuel, fué esforzado guerrero, caudillo de fortuna, el primero que organizó algo que pudiera llamarse ejército permanente israelita que, gitanadas bíblicas á un lado, no pasaba de 3.000 hombres, y, en fin, el que dió consistencia de nación á las tribus hebreas, sacadas por Moisés de Egipto y lanzadas por Josué á la conquista de Canaan. Si á decir esto, que es lo sustancialmente histórico, se limitara la *Biblia*, ni habría

razón á comentarios míos, ni resultaría Saul un personaje medio bufo, como acusan los siguientes rasgos de la fisonomía moral de este elegido de Jehová, que por la mano que en esta y otras elecciones tuvo, queda muy por bajo de Romero Robledo en trapacerías electorales.

La nariz de Saul, cuando se atufaba, se ponía del siguiente modo y manera:

Tenía Saul un hijo, llamado Jonatan, que, á pesar de exponerme á una cacofonía, no puedo menos de declarar que era un barbián, pues viendo ocasión propicia de deshacer una guarnición de filiteos, se arrojó á ello después de consultar piadosamente á Jehová, que le dió señal y permiso de ejecutarlo, haciendo en ella más daño que un pedrisco. Mientras esto hacía Jonatan, su papá Saul mandaba consultar á Jehová sobre cierto combate, y como este Dios se hiciese el sueco, quiero decir, no contestase (cosa rara, pues en toda la *Biblia* no hace más que hablar), Saul, con un talento admirable exclama: aquí hay gato encerrado. Y, en efecto, le había. Este gato era que Jonatan, comiendo un poco de miel hostigado por hambre canina, había faltado, sin saberlo, á la orden dada por su padre de que nadie probase bocado aquel día. Y aquí te quiero, escopeta. Así que Saul descubre el pecado enorme de su hijo, montando en cólera hebraica, que es de todas las cóleras la que más se parece á la de un perro rabioso, jura hacerle pedazos sobre el altar de Jehová. Se está viendo la nariz de Saul: grande, aguileña, con puente, unos cuantos pelitos en la punta, ancha en la base, bien marcada la ternilla y muy abierta de agujeros,

Los ruegos del pueblo salvan á Jonatan. Del mal el menos. Es sumamente probable que Saul fuera de temperamento sanguíneo, de esos tan fáciles á la ira como á la piedad. Si llega á ser melancólico ¡pobrecito Jonatan!

Interrumpiendo un instante la silueta de Saul, aunque bien mirado, no voy á hacer más que fortificar la preinserta sospecha sobre su temperamento, quiero darte á conocer, lector discreto, lo que era el *mejor* de los jueces israelitas, el grande, el pío, el poderoso Samuel, el que hacía reyes, y los deshacía también.

Como en una batalla contra el rey de los amalecitas, Saul, desoyendo el bárbaro é inicuo consejo de Samuel, que le ordenó matase hombres, mujeres, *niños y mamantes* (textual), vacas y ovejas, camellos y asnos, perdonara, quizá por política, la vida al rey Agag y á los ganados de buena calidad, tan pronto como Samuel se apercibe de ello increpa durísimamente á Saul por su humanidad. El rey reconoce su pecado y pretende desenojar al viejo profeta, pero éste le replica con vehemencia y amenaza con la destitución, no retirando sus palabras ni aun después de hacer Saul pedazos con su propia espada á Agag sobre el altar de Jehová. ¡Qué horror! ¡Y á esto se lo considera divino é inspirado! ¡Y á Samuel se le considera santo! ¡Y á Saul un bendito! ¡Ah! Dios inicuo, profeta cruel, rey miserable: todos habeis recibido vuestro pago. El tribunal de la historia, ante el que no valen revelaciones, os declara *bárbaros*. ¡Qué felicidad distar de vosotros y de vuestros tiempos tantas leguas y tantos siglos!

Tras la brutal hecatombe de los amalecitas, Samuel se amosca definitivamente con Saul, á quien no volvió á ver en todos los años de su vida, anotación que hago para declarar el coraje del vejete y por convenirme para otro rasgo de la silueta del rey, que en su lugar correspondiente se verá.

Ahora querria dibujar el occipucio de Saul, diciendo algo de sus mujeres, pero me sale al camino, suspendiendo la acción del lápiz, la aparición en el campo bíblico de un personaje de mu-

chisimas campanillas, tantas, que casi mete el mismo ruido que Moisés y Jesús en la orquesta bíblica, en que es sabido lleva la batuta el Espíritu Santo. Ya habrá adivinado el lector que se trata de David, músico, pastor, soldado, bandolero, rey, profeta y santo sucesiva y á veces también simultáneamente, lo cual obliga á una presentación decorosa y por todo lo alto. Atención.

Hallábanse Jehová y Samuel llenos de reconcomio, el uno en el empireo y el otro en su casita de Rama, al ver que Saul, elegido por buen mozo, sin trastienda al parecer y sin pretensiones, se les subía á las barbas, teniendo más cuenta de agradar al ejército que á ellos. En su aflicción el viejo profeta, sediento de sangre amalecita al punto de haber llevado á mal la conservación de un solo borrico de aquel país, lloraba á lágrima viva, echando pestes del rey. Jehová no consta que hiciese; pero de algunos más recursos que su sacerdote, decide hacer algo mejor que llorar, y en un momento de inspiración le dice:

«¿Hasta cuando has de llorar á Saul habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel? Hinche tu cuerno de aceite (*entonces no se conocían aún las aceiteras de hojadelata*), y ven, te enviaré á Isai de Belén; porque de sus hijos me he provisto de rey.» (*Vamos, como cuando yo me digo: andando, Riofranco, á proveernos de leuita de abrigo en casa de Caracuel.*)

Y dijo Samuel: «¿Cómo iré? Si Saul lo entendiere me matará.» (*El viejo andaba escamado por lo visto, y escurria el bulto al rey, lo que demuestra la respetable antigüedad de ese tropo de cor zón llamado canguelo.*)

Jehová respondió: (*porque el cuento está dialogado con no menos arte que LAS LUCHAS DE NUESTROS DIAS del Sr. Pi y Margall.*) «Toma contigo una becerra de la vacada y di: A sacrificar á Jehová he venido. Y llama á Isai al sacrificio, y yo te enseñaré lo que has de hacer; y

ungirme has al que yo te dijere.» (*Jehová enseñando á Samuel á mentir para evitar una paliza ó algo más grave de parte de Saul, es un Dios que ni de perillas podía venir mejor en estos comentarios, para persuadir á los incautos de que todas estas zaramallas reveladas no son otra cosa que leyendas clericales, sin más valor que el dinero que han producido á los predicadores que las han tomado por texto de sus sermones.*)

Marcha Samuel á Belén, y aleccionado por la experiencia, en vez de elegir como antes un buen mozo elige un chiquitín; en vez de atender á las condiciones físicas de agilidad, robustez y fuerza, atiende á las morales de inteligencia, valor y arte. El Benjamín de la familia de Isai, mediante otra aceiterada y otro beso, queda hecho rey, pero rey puramente en canuto, ó probabilidad, pues David, que este era su nombre, antes de llegar al trono necesitó comer muchas hogazas. Desde luego, la unción de Samuel por orden de Jehová no le sirve de maldita la cosa, pues sigue pastoreando, y solo á un accidente del rey debe llegar á palacio en calidad de criado.

Vuelvo á la inturrumpida silueta de Saul, el cual tenía dos caras. Me explicaré. Cuando el espíritu de Jehová estaba en él, era guapo, hermoso, alegrón, campechano y mujeriego. Pero cuando el espíritu se apartaba de él (precisamente empezaron estas idas y venidas del espíritu de Dios desde que fué ungido David) se ponía sombrío, fosco, huraño, y gastaba un humor endiablado, que no había quien le aguantase. Cuando esto sucedía, y sucedía muchas veces, este rey con spleen hacía cada barrabasada que retemblaba el palacio, y había cada mano de bofetadas á derecha é izquierda que ni en el Circo de Price, cuando juegan los clowns á pegarse.

Alguno de los criados, tal vez demasiado favorecido con los regios bofetones, echándose á discurrir en beneficio de sus carrillos, llegó á dar en